

La lección bioética del Centauro Quirón: un mito arquetipo de la condición humana

José Alberto Mainetti*

La saga de Quirón

La creación de la Fundación Mainetti en 1969 da comienzo a mis años de magisterio y a nuestra primera etapa de institucionalización del humanismo en medicina, con el establecimiento de la editorial Quirón y luego el Instituto de Humanidades Médicas. El mito del centauro Quirón se encarna en la historia oficial de la Fundación, porque el centauro simboliza la constitución de los dos proyectos originarios y definitorios de la Fundación Mainetti: el médico y el humanístico, el quirúrgico y el cerebrúrgico, el oncológico y el bioético. Dos escuelas, de mentalidad y obra diversas, y también desparejos méritos, pero cuya unión significa nuestro concreto destino.

Quirón constituye mi guía filosófico-médica como arquetipo de la condición humana, paradigma del arte de curar y tragedia de la vida. También es acaso el mito sobre el que diseño mi biografía, como tuve oportunidad de contarla en conmemoración del veintiún aniversario de la Fundación, al asumir la presidencia vitalicia de la misma, el 15 de agosto de 1990. Transcribo algunos pasajes de cuanto allí dije:

Veintiún años han pasado desde entonces; justo es nuestro homenaje a los presentes antaño y ausentes hogaño.

“Hogar es el lugar donde empezamos –reza un cuarteto de Eliot- A medida que envejecemos/el mundo se nos vuelve más extraño, /más complejo el diagrama de vivos y muertos.”

Quien os habla esa tarde, flamante miembro vitalicio de la Fundación, presentaba al símbolo de la misma, el centauro Quirón. Puedo hoy decir con Marechal en su poema El Centauro: “En una tarde antigua/ cuyo paso de loba/ fue liviano a la tierra/ pero no a la memoria, /extraviado el sendero/que ilumina la Rosa/vi al centauro dormido/junto al agua sonora”.

Para la Fundación Mainetti, nada más cierto que toda vida se construye inmanentemente sobre el diseño de un mito, “universal fantástico”, sonámbula experiencia de la historia.

El espíritu de la medicina se manifiesta en sus símbolos legendarios, como el Ojo de Horus, el Báculo de Esculapio y el Caduceo de Mercurio. Pero el símbolo centáurico, igualmente legítimo, ha venido a ser para nosotros emblema y empresa, alegoría moral y misión fundacionales.

* El Prof. José Alberto Mainetti es el gran pionero y maestro de la bioética latinoamericana, y también internacional. Su obra publicada puede encontrarse en <http://www.elabe.bioetica.org/obras.htm>

El centauro es la criatura más armoniosa de la zoología y antropología fantásticas. Sin embargo, no fue fácil al arte la biforme hermosura de esos monstruos tremendos y fascinantes que han galopado la historia desde la Hélade hasta nosotros. Llevó siglos a Grecia la búsqueda del arquetipo consagrado en el Partenón o en el templo de Zeus en Olimpia.

El centauro es literalmente el “símbolo” (del griego “symballein”= reunir) de la condición humana: animal racional, naturaleza diádica, quimera ontológica entre la tierra de las bestias y el cielo de los dioses.

Los hijos de Ixión y de la Nube, los centauros, progenie de metamorfosis divinas y bestiales -mortales-inmortales, humanos-llevan una vida trágica por el eterno conflicto entre un paraíso perdido y otro redimido, el terrenal de la inocencia y el celestial de la salvación.

La centauromaquia, la lucha de Centauros y Lapitas, representa la humana existencia en sus más dramáticas dimensiones: convidados a la boda, los centauros se embriagan, raptan a la novia y se entabla la feroz pelea.

Ebrios, lúbricos y belicosos –pero también sabios, melancólicos y bondadosos- se muestran los centauros.

El amor constituye la quintaesencia del centauro: “En el rapto –escribe Ortega- la ninfa galopa sobre el lomo del centauro; sus pies delicados no pisan el suelo, no se lleva a sí misma, va en otro. Del mismo modo, el alma enamorada realiza la mágica empresa de transferir a otra su centro de gravedad, y esto sin dejar de ser alma. Entonces reposa. La excentricidad esencial queda en un punto corregida; hay, por lo menos, otro ser con cuyo centro coincide el nuestro. Pues, ¿qué es amor, sino hacer

de otro nuestro centro y fundir nuestra perspectiva con la suya?”

Quirón, el ejemplar centaurida –sabio, diestro y justo se le llama- es hijo de Filira y de Cronos olímpico: “La ciencia es flor del tiempo, /mi padre fue Saturno” –dice Quirón en el Coloquio de los Centauros de Rubén Darío.

“En mi juventud Apolo me aficionó a las plantas y me enseñó a indagar en sus venas los sucos benéficos. Desde entonces he guardado fielmente la gran mansión de estas montañas, inquieto pero volviéndome sin cesar a la busca de los simples, y comunicando las virtudes que descubro”- así se expresa Quirón en El Centauro de Guérin, y el Fausto de Goethe da fe de ello: “Al médico que nombra cada planta/, que conoce las raíces hasta lo más profundo, /que brinda salud al enfermo y alivio a las heridas/¡a él abrazo aquí en cuerpo y alma!”

En el Coloquio de los Centauros, de Rubén Darío, Reto invoca así a Quirón: “¡Padre y maestro excelso! Eres la fuente sana/de la verdad que busca la triste raza humana.”

Quirón, en efecto, fue el pedagogo por antonomasia, preceptor de los héroes helenos –Jasón, Hércules, Aquiles, Asclepio-, médico-chamán experto en la precariedad e impureza de la condición humana, cuyas artes van de la caza a la música, y cura a la vez con el cuchillo y la palabra.

Pero el sentido último de Quirón está en su propia muerte, la muerte propia del curador-herido, auténtica figura humana del médico: “Todavía –narra el mito- era necesario que se ofreciese una vida en expiación del antiguo pecado: el robo del fuego. Y así fue que Quirón recorría el mundo en agonía, herido por un extraño infortunio con una flecha envenenada. Atormentado siempre por el dolor y sin poder curarse, el inmortal centauro deseaba la muerte y suplicaba que lo

aceptaran en lugar de Prometeo. Los dioses oyeron su súplica y le quitaron el dolor y la inmortalidad. Murió agotado como cualquier hombre y Zeus lo puso de refulgente arquero (sagitario) entre las estrellas.”

Esta leyenda hace de Quirón la figura más contradictoria de toda la mitología clásica; su naturaleza es a la vez animal y apolínea; a pesar de ser un dios, sufre una herida mortal (¿o inmortal?); el conocimiento terapéutico le resulta impotente frente a la afección pura... la patología se trueca en logopatía, el sufrimiento anula la integridad personal y quita la razón de vivir, ahora razón de morir.

Símbolo arquetipo de la condición humana, Quirón lleva entre ambas partes de su ser la herida incurable causada por la flecha de Hércules, que señala con dolorosa evidencia la imposibilidad de la armonía, el eterno conflicto de una naturaleza dual, La enfermedad existencial que representa la flecha es la inquietud de vivir en el reino intermedio, entre la autosuficiencia de los dioses y la sosegada entrega a sus instintos propia de los animales. Homo infirmus: el hombre es constitucionalmente un enfermo, porque lleva en sí sus dos principios absoluto conciliables. Tal es el dualismo trágico que representa el paradójico Quirón.

Símbolo médico universal, Quirón lo es particularmente de la Fundación Mainetti, escuela quirúrgica (como “quirúrgico” o manual es el centauro homónimo), aplicado a la Oncología (hoy por hoy la herida quiro-niana) y proyectado sobre la doble naturaleza de la medicina, biológica y espiritual, bio-ética ahora decimos, de acuerdo al desafío quimérico de nuestro tiempo, una revolución biológica tan inverosímil como el mismísimo centauro. Escribe Ortega:

“¿Qué mundo pensaría el padre Quirón galopando las praderas de esmeralda? A su torso humano pertenecía un mundo de visiones humanas; a sus lomos de caballo un

universo equino... ¡Pobre corazón, vacilando siempre entre una potra y una bacante!”

Vuelvo finalmente al poema de Marechal: “En torno del centauro/crecía la penumbra. /Su cuerno de novillo/levantaba la luna. / Con el deseo en llamas/y la razón a oscuras/quise tentar el juego de las palabras últimas”.

¿Qué significa Quirón en mi historia personal? Lo veo como Edipo a la Esfinge en las puertas de Tebas, el propio enigma a descifrar, el destino de llegar a ocupar el lugar del Padre (entonces su parte superior estaba oculta para mí; conocía mejor sus piernas). Yo empezaba a transitar el camino edípico, plagado de encuentros y desencuentros hasta congeniar por fin la relación paterna y componer el centauro, que imaginariamente me habló como Quirón a Melampo en el poema de Guérin:

“Oh, Melampo, que queréis saber la vida de los centauros ¿Por cuál voluntad de los dioses habéis sido guiado hacia mí, el más viejo de todos y el más triste?... Vos perseguís la sabiduría, oh Melampo, que es la ciencia de la voluntad de los dioses, y erráis entre las gentes como un mortal extraviado por los hados.”

I.

Se ha dicho que toda vida se construye inmanente sobre el diseño de un mito, y tal es en mi caso el centauro Quirón. Supe de este primer inventor del arte de curar por mis lecturas de estudiante, y luego su figura se iría materializando en las múltiples expresiones de las letras y las artes a lo largo de la historia.

En cuanto al origen de la biforme criatura fantástica, sin duda hay que señalar la simbiosis cultural del hombre y el caballo, la gesta del jinete y su cabalgadura en el proceso de civilización. Como dioses centauros eran vistos los conquistadores españoles por los aborígenes americanos, según

nos lo recuerdan los muralistas mejicanos (Rivera o Siqueiros).

Con la pretensión de constituir una “centaurología”, incursioné inocentemente en un libro atractivo por su título pero por su contenido alejado de mis motivaciones: *Le problème des centaures, Etude de Mithologie Comparée Indo-Européenne*, de Georges Dumézil (París 1929). En cualquier caso aprendí sobre la etimología de la palabra “centauros”, la preexistencia de estos seres mitológicos en los Gandharvas de la India, y el disfraz carnavalesco del caballo humanamente conformado (como lo representa la humorografía de Caloi “*Equus carnestolendis*”).

No fue fácil al arte la biforme hermosura de esos monstruos tremendos y fascinantes que han galopado la historia desde la Hélade hasta nosotros. Llevó siglos a Grecia la búsqueda del arquetipo consagrado en el Partenón o en el templo de Zeus en Olimpia. Apolo arbitrando el combate entre Lapitas y Centauros representa el triunfo de la civilización sobre la barbarie y el logrado equilibrio del animal racional.

Atrás ha quedado la vida primitiva que tan bellamente ilustra la pintura de Piero di Cosimo. Se ha puesto fin a las luchas entre centauros y con Lapitas, a los raptos, orgías y demás desbordes de la naturaleza salvaje. Expresiva de esta evolución es también el pasaje de las formas arcaicas a las clásicas de los centauros, incluida la representación del mismo Quirón, como se consigna en el logo de la Fundación y su sello editorial.

II.

Quirón se distingue radicalmente entre sus congéneres –justo, sabio y diestro se le llama– y como leemos en la acuarela que Cesar Conti (Oski) creara para la Fundación “Vivía Quirón en solitaria cueva del monte Pelión en Tesalia, patria de los centauros, y allí pasaba sus días dedicado a

la búsqueda y colección de los simples, es decir de la *Materia Médica*”. La genealogía mitológica nos dice que Quirón es hijo de Crono (Saturno) y de la ninfa Filira, engendro monstruoso de uno de esos amores bestiales de los dioses. Para escapar del acoso de Crono, Filira se metamorfoseó en yegua, pero Crono, a su vez convertido en caballo, la alcanzó y logró su objetivo; de este amor forzado nació Quirón. Por su parte, los centauros vulgares se consideraban descendientes de Ixión y de Nefela (la Nube), según otra leyenda de similares metamorfosis divinas y humanas.

Quirón se destaca como educador (la educación de Aquiles es un clásico de la iconología) y como curador (el arte que enseñó a Asclepio). Maquiavelo hizo una lectura política de Quirón, reflejada en la pintura de Boticelli “*Minerva domando al centauro*”. La habilidad quirúrgica del filirida la demuestra el reemplazo del talón quemado de Aquiles por el del fallecido gigante atleta Dámiso. Un ánfora griega del período arcaico testimonia la relación de Quirón con Thetis y Peleo, los padres de Aquiles, el héroe del talón vulnerable que recibe tratamiento de inmortalidad.

El infortunio llega a la vida de Quirón cuando una flecha emponzoñada con la sangre de la Hidra de Lerna le hiere en un pie. Según una versión esa flecha fue accidentalmente disparada por Hércules durante una lucha con los centauros que huían hacia el Monte Pelión; según otra versión se accidentó Quirón al examinar el carcaj del héroe y discípulo que lo visitaba en su morada. En una u otra forma la herida de Quirón no fue intencional y resultó incurable, un tipo de herida llamada “*quironion*” en recuerdo de Quirón, el curador incurable.

De nada valieron los sabios recursos terapéuticos del centauro para desprenderse del propio mal, y cansado de arrastrar una existencia inmortal doliente pidió a Zeus que pusiera término a su vida, lo que le fue concedido cambiando su inmortalidad por la mortalidad de Prometeo, el titán encadenado por el robo del fuego y ahora así liberado. Quirón encontró la paz en el zodíaco, formando la constelación de Sagitario.

III.

El mito de Quirón representa la tensión dialéctica de la condición humana, el centauro ontológico, animal racional, quimera bio-lógica entre la tierra de las bestias y el cielo de los dioses. Quirón, la figura más contradictoria de toda la mitología clásica, significa el paroxismo de la naturaleza dual, dionisiaca y apolínea, la infirmitas existencial de vivir en el reino intermedio, entre la autosuficiencia de los inmortales y la sosegada entrega a sus instintos propia de los animales. Homo infirmus: el hombre es el ser no-afirmado, en eterno conflicto por su dualismo trágico que simboliza el paradójico Quirón.

Frente a la infirmitas, oficia Quirón la cura o el cuidado de la condición humana en todas sus dimensiones, es él un auténtico chamán, maestro de vida y "técnico en el remedio de la precariedad e impureza de los hombres". Todas las artes, desde la educación a la política y la medicina, concurren al arte de curar la condición humana según el original terapeuta que prefigura el mito latino de la Cura, según el cual el hombre mientras vive pertenece al cuidado que lo mantiene unido en su dualidad, y cuando muere retorna su cuerpo a la Tierra (Tellus) y su espíritu a Dios, cumpliendo el orden inapelable del tiempo, el fallo de Cronos o Saturno, padre de Quirón. Así las curas técnicamente médicas de éste no sólo consistían en mágicos remedios y prodigiosos gestos quirúrgicos, sino también en lecciones de moral, música, gimnasia y encantamiento, con igual pericia en el uso de las plantas y las palabras, el cuchillo y la lira.

Junto a la infirmitas y la cura, el mito de Quirón revela la tragedia de la condición humana. Lo trágico o la tragicidad consiste en las contradicciones del infortunio quiróneo. Siendo divino es vulnerable, la flecha que lo hiere se dispara por azar, pero sospechamos que también por destino y carácter del arquero que será Sagitario. La herida de Quirón es incurable, aún cuando él es el curador originario, el auténtico medicus, cura te ipsum que reclamaban los pacientes cristianos medievales. También paradójica es la herida del inmortal centauro y su existencia doliente sin fin. Pero el paroxismo de la conflictividad lo expresa

la decisión que toma Quirón y acuerdan los dioses de optar por la muerte como bien de la vida y no su mal radical: "La muerte es la victoria de la progenie humana", "La pena de los dioses es no alcanzar la muerte", sentencia Quirón en el Coloquio de los Centauros de Rubén Darío, tras la afirmación del centauro Arneo "La muerte es de la vida la inseparable hermana". La transacción con Prometeo abre otra instancia de controversia y conflicto: "si el hombre -Prometeo- pudo robar la vida, / la clave de la muerte serále concedida", tuerca el centauro Euretto en el referido poema.

En suma, la narrativa de Quirón debe verse en la perspectiva del teatro trágico griego, su ideal del hombre y de la moralidad. Todos los datos "inmediatos" de la conciencia trágica se reconocen en la quironia tragicidad: la fatalidad, la culpa, la hibris o desmesura, la catarsis o purga del alma, el *pathei mathos* ("por el sufrimiento al conocimiento"), la fragilidad del bien y el bien de la fragilidad.

IV.

La lección bioética de Quirón se actualiza para nosotros con su retorno de la mano del Prometeo-Pigmalión, inventor de la Quimera, que torna verosímil al mismísimo centauro, y remodelador de la condición humana en virtud de la contingencia tecnológica de los cuerpos poshumanos Quirón y Prometeo se reencuentran ahora en una oposición trágica de la controversia entre humanistas y poshumanistas, mortalistas e inmortalistas en el debate bioético del mejoramiento humano y la poshumanidad.

Quirón y Prometeo representan la bipolaridad esencial del hombre, a la vez humano y más que humano, el ser para la muerte y contra la muerte, mortal e inmortal, abierto como Quirón a la trascendencia y reverente al designio de los dioses, afirmado como Prometeo en la inmanencia y rebelde por su causa de la razón y la libertad.

Lo concreto es que encontramos hoy a Quirón como internauta con su mensaje para la enseñanza de los hombres desde los tiempos de Homero,

y que su nombre lo lleva una pléyade de espacios de salud en todo el mundo. Quizás también estemos todavía, como Píndaro, invocando el regreso del sabio, justo y diestro centauro:

Quisiera yo, si lícito a mi canto

Fuera expresar el público deseo,

Quisiera yo que de la Estigia arena

Tornara a respirar los patrios aires,

El gran Quirón, de la gentil Filira

Y del divino Saturno, hijo del cielo

(Pítica III, s.V. a.C)

Referencias

MALIANDI, R., *Cultura y Conflicto. Investigaciones éticas y antropológicas*. "Tragedia y Razón", Buenos Aires, Biblos:77-98.